

dualidad de fuerzas, divinas y físicas, lo cual deja constantemente hondísimos vacíos, "abismos insondables," como vd. dice?

Y ahora sí que la razón se detiene para contemplar cuántas sutilezas, cuántos sofismas, cuántos absurdos y cuántas inconsecuencias á sus magistrales preceptos le hizo cometer el olvido de aplicarse, con respecto á la eliminación del *amor propio*, aquel proverbio que dice: "El buen juez por su casa empieza."



## CARTA TERCERA

A D. JOAQUIN CALERO.

Muy difícil resulta reconocer la verdad entre tantos sistemas monstruosos, mantenidos por las causas que los producen; es decir, por las supersticiones, por los gobiernos, y por la mala filosofía. Los errores, asaz enlazados entre sí, defiéndense mutuamente. En vano combatiríanse algunos: sería preciso destruirlos todos á la vez; es decir, necesitaríase cambiar de repente todos los hábitos del humano espíritu. Pero estos hábitos resultan demasiado inveterados: las pasiones que nos ciegan los alimentan; y si, por casualidad, existen algunos hombres capaces de abrir los ojos, son demasiado débiles para corregir nada.

(CONDILLAC.—*Lógica*).

Cuando escribía mi *Sistema Perfeccionista*, puede estar seguro mi ilustradísimo crítico, que no tuve presente su muy respetable y honorabilísima individualidad; por tanto, cuando combatía yo á místicos, á metafísicos y á materialistas, no creía que vd. pudiera darse por aludido, vistiendo el proverbial saco. Más aún; cuando por indicación de un amigo de vd., que lo es también mío, tuve el honor de dedicarle un ejemplar de mi obra, desconocía completamente cuáles eran las ideas filosóficas de vd., las cuales solo me fueron conocidas con motivo de los "Artículos Críticos" que me ha enderezado.

Lamento, pues, mucho que mis conceptos puramente generales, que de ninguna manera llevan la intención de atacar á personalidad de ningún género—pues en lo general á todo hombre amo y respeto—hayan producido honda impresión en su ánimo, hasta el grado de hacerlo descender al personal insulto. Ciego vd. por los efectos del amor propio, tergiversó los papeles diciendo: que combatir una escuela filosófica como yo lo he hecho, eran ataques personales; y que, colocarse vd. á mi frente como crítico de mi obra, lanzándome los epítetos de: *odioso, insolente, petulante, despreciable, loco, etc.*, constituía un ataque impersonal.

¡Extraordinaria aberración!

Pero no me extraña esto: reconozco en ello los efectos del fanatismo divino en sus últimos matices. En los pasados tiempos sus efectos eran terribles: el potro del tormento y la hoguera; en la actualidad, denuestos y anatemas, epítetos que lanza el odio mal reprimido. Pero no crea vd. que me enoje por esos epítetos: no defiendo mi insignificante individualidad; y si lo que, con ánimo convencido, juzgo ser la verdad.

Quiero en esta vez aplicarme la siguiente máxima de Diderot:

“No se recurre á las invectivas, sino cuando se carece de pruebas. Entre dos polemistas, se puede apostar ciento contra uno contra el que se enoje.”

Esta máxima, que tengo presente, me hará dominar el amor propio; pues le diré á vd., aquí entre nos, tan calladito como lo permiten las páginas de un libro, que yo no tengo esa facultad de ausentarlo; y, á la verdad, ni deseo que me juegue el chascarrillo de hacérmelo

creer así; pues el picaron, sin ausentarse y sí muy escondido allá en el más recóndito lugar de mi espíritu, se había de estar riendo de mí, al verme obrar cual si realmente se hubiera marchado.

Así, pues, con la conciencia de que se ha quedado en casa, procuraré tenerlo quieto, pues sé bien que es un monstruo que difícilmente se doma, y que, cuando se acuerda de que nos viene acompañando desde nuestras existencias en la selva, nos hace cometer barbaridades dignas de un Alarico.

En tal virtud, yo procuraré sustituir el procaz dictorio, con alegre humorismo, en tanto como me sea posible y siempre que no haya que velar por los fueros de la verdad y de la justicia; pues entonces, “*suceda lo que quiera*” como dice el filósofo Tiberghien, se oirá la voz de mi ruda franqueza.

Cualquiera diría, al ver el enojo de vd., que yo soy el único audaz que con apreciaciones duras se atreve á condenar la escuela metafísica; cuando para todo aquel que entiende de estas cosas, no es un misterio que desde tiempos antiguos, hasta nuestros días, han sido tenidas como perniciosas sus doctrinas y se ha empleado energía asaz dura para combatirlas.

Serían estrechísimas las páginas de esta carta, si yo me pusiera ahora á relacionar extensamente siquiera lo mayúsculo que se ha dicho con tal motivo; pero no me quedaré sin exponer aquí algunas citas, al menos las que más presentes tengo en este momento.

El ilustre filósofo inglés Francisco Bacon señalaba los sistemas metafísicos como causa principal de los errores á que él llamaba: “*Fantasmas ó ídolos de la tribu humana.*”

Con anterioridad á este filósofo, su compatriota y homónimo Roger Bacon, á despecho de los *sabios de estampilla* de su época, que no cesaron de mover su emponzoñada saeta para atacarlo, combatió las abstracciones y las sutilezas de los filósofos escolásticos. “*En vez de estudiar la naturaleza, decía, se pierden veinte años en leer los razonamientos de un antiguo.*”

Despreció á los *Tomistas* de la Edad Media, y protestó duramente de las torpes abstracciones de esa escuela.

Luis Büchner, tratando de los metafísicos dice:

“A pesar de la altura metafísica en que se colocan, se alejan con demasiada frecuencia de la *ciencia positiva*, hasta tal punto, que cometen los más deliciosos errores, tocando en este inconveniente, sobre todo, en las cuestiones en que la filosofía se roza con las ciencias naturales, y en que estas últimas amenazan derrumbar el ostentoso edificio de sus especulaciones metafísicas.”

Feuerbach, ha dicho:

“La especulación es la filosofía ébria. Vuelva la verdadera filosofía, y será para el espíritu lo que el agua pura de un manantial es para el cuerpo.”

Grimblot, furibundo metafísico, prologuista de Fichte, en la obra de éste, intitulada “Doctrina de la Ciencia,” dice, defendiendo y encareciendo los estudios metafísicos, que no hay razón para tenerles prevención. No me detendré aquí para combatir sus asertos, pues solo quiero transcribir un pequeño párrafo que pone de manifiesto cómo es ya clásico combatir la filosofía metafísica.

Dice así:

“Se la ha representado como perdida en vanas sutilezas obedeciendo á los más desarreglados caprichos de la fantasía, y persiguiendo en las regiones nebulosas de la abstracción las más ridículas quimeras.”

Con estas cuantas citas ya podrá ver mi ilustradísimo y doctísimo crítico, que no quiere decir nada una gota más que yo he arrojado en la lluvia que desde tiempos remotos se viene descargando sobre los febricitantes cráneos de los metafísicos.

Serénese vd., pues.

¿No tiene mi eminente crítico la conciencia del valor deífico que en sí encierran sus doctrinas metafísicas?

Pues entonces, ¿á qué enojarse tanto?

Oiga vd. llover con la fe inquebrantable del que sabe á maravilla que la mísera voz humana no alcanzará jamás conmover el edificio metafísico, que se asienta sobre seculares y *robustísimas bases*.

No crea vd. que se puedan repetir hechos en que, como el de Galileo, la voz humana salida de los trémulos labios de aquel septuagenario anciano, derribara el *colosal y divino edificio* que con el *robusto aliento de miriadas de generaciones* se venía sosteniendo durante innumeradas centurias. No; ese fué un hecho excepcional. Es cierto que con él se conmovió hondamente el prestigio del *magister dixit*, y más aún el de la tradición *divina*; pero no importa: la metafísica todo lo puede, posee el *sublime verbo de la ciencia*, y con frases cabalísticas sabrá borrar el recuerdo y la trascendencia de ese *calamitoso hecho galiléico*.

La base metafísica radica en la *esencia divina* y ella

está sostenida poderosamente, desde el hotentote y el cafre, bajo la representación de su *fetiché*, hasta el ilustradísimo metafísico que, tras de varios ensayos antropológicos, no encontrando tipo que le agrade para su representación, se ha quedado ahora buscándolo en el vacío. Y, aunque la ciencia moderna le prueba que el vacío absoluto no existe, el metafísico, mostrando su cerebro al experimentador científico, le dice con inusitada elocuencia: he aquí la demostración práctica.

¿Qué representación tienen esos hombrecillos presuntuosos que han negado y que niegan la *base divina*, sobre la cual se asienta la poderosísima escuela metafísica?

Analicemos detenidamente cuáles son los elementos que constituyen el grupo de los filósofos naturalistas y cuáles los que integran la comunión deista. Están en lo más hondo de la base metafísica todas las tribus salvajes; después las de los bárbaros; siguen los pueblos semi-civilizados; y, por último, las grandes masas de las naciones civilizadas, cierto que ignorantes y desposeídas de razón ilustrada, pero en cambio también son metafísicas, como sus inferiores los salvajes, los bárbaros, y los semi-civilizados. Coronando esta progresión *sublime de amor y de sabiduría*, están los directores de esa imponente masa humana: unos se distinguen por sus vestiduras sacerdotales, otros por sus tremendos bonetes doctorales.—En los países como el nuestro donde no hay *doctores borlados* se suple el boneté con el tono grave, solemne, hinchado, magistral.—Tenemos, pues, estudiado en sus elementos al monstruo metafísico.—Le llamo así, no por irreverencia y sí en virtud de su enormidad.

Ahora, estudiemos los elementos de que se compone ese *miserio y odioso grupillo* de los que no son metafísicos.

En la antigüedad á duras penas sacaremos unos cuantos nombres de las páginas de la Historia; pocos, poquísimos hombres que no admitieran la existencia divina, podían aparecer en aquellos felices tiempos, en los cuales la divinidad estaba tan inmediata que cualquiera podía cogerla por el manto, nada más que con extender la mano. ¿Se comía? Pues allí sentada á la mesa se hallaba la divinidad. ¿Se embrutecía la razón, libando el embriagante vino? Pues allí en el orgiástico festín estaba la divinidad. ¿Se cometía el bestial incesto? Pues allí estaba la también incestuosa divinidad, que se estremecía de celestial lujuria, al contemplar las convulsiones del furor afrosisiaco. ¿Se perpetraba fiera matanza? Pues allí estaba la divinidad guiando las asesinas armas. Ya se comprende, pues, que en tan divinos tiempos, los negadores de lo divino no andarian por donde quiera; así es que apenas se podrán señalar algunos cuantos nombres de aquellos impíos que, negando las divinidades, no asistían á los orgiásticos cultos. En la Edad Media, el paroxismo del terror sobrenatural engendró un *amor* tan entrañable por lo divino, que apenas es comparable con el furor metafísico de mi ilustrado crítico; por lo tanto, se hizo imposible que apareciera un abominable naturalista, y, si lo hubo, se guardaría muy bien de emprender polémica con los Inquisidores, reconociéndoles de antemano la excelencia de la *candente lógica* de sus argumentos; los silogismos de la hoguera y del potro tenían un poder irrefutable, su-

perior á la filosofía Tomista, de la cual se deriva en línea recta la filosofía metafísica de mi kardeciano crítico.

Pero llegan los tiempos modernos; surge el sublime Guttemberg con su grandiosa invención de la imprenta; hablan Galileo, Kepler, Newton, Linneo, Bufón, D'Alembert, Voltaire, Diderot, Holvahn, Volney, Condillac. Entonces la razón se yergue y protesta contra los tradicionales candores. Aparecen dos hombres eminentes: Laplace y Augusto Comte, los cuales condensan la labor del pensamiento humano realizada en los pasados siglos. Y estos dos hombres que se levantan con talla gigantesca en el primer tercio de nuestro siglo, establecen las bases de la moderna ciencia, y, quienes tan alto se muestran en el terreno del humano progreso intelectual, que representan con justo título el tipo del espíritu adulto, protestan contra el candor del espíritu niño que con *santo y bendito miedo*, siguiendo la tradición de origen salvaje, cae postrado ante el altar del Dios-mito.

El Positivismo, exento del dogmatismo y de los prejuicios de su fundador,—dogmatismo y prejuicios dignos de enérgica censura, en cuanto á ellos mismos, y altamente disculpables en quien los produjo, ya por el carácter de transición que tuvo el Positivismo; ya porque ninguna obra, atendiendo á la ley del progreso, puede quedar constituida con caracteres de perfección absoluta; ya, en fin, porque hay que atender á la gran labor sintética realizada por Comte,—el Positivismo progresista, digo, ha engendrado esa pléyade de sabios experimentadores de nuestros días, á quienes la ciencia debe prodigiosos adelantos; y ha formado eminentes pensa-

dores naturalistas, que con fórmulas prácticas dan impulso al desarrollo intelectual y efectivo de una juventud vigorosa, que exenta de sandios y ridículos prejuicios místicos, constituye nuestras legítimas esperanzas para el porvenir. No puedo menos que manifestar aquí mi honda pena, al ver que en nuestra Escuela Preparatoria, por injustificable retrogradación, se ha tornado en mística enseñanza metafísica, la noble, generosa y altamente benéfica institución positiva que nos legara como preciadísima herencia, el ilustre sabio D. Gabino Barreda; se ha violado con mano hipócrita su obra, y ya estamos experimentando los nefandos efectos en esta odiosa reacción fanática de estúpida beatitud que se opera en el momento presente, aquí en nuestro país.

He señalado al grupo de los que se ofrecen como antitesis del monstruo metafísico. Este es *grande, piramidal, inmenso*; pero aquel, aunque reducido, constituye lo más granado del pensamiento libre, de la ciencia y de la moral positiva; lleva en sí una energía potencial cuyas inducciones son poderosísimas para ductilizar al *rebeldé, monstruo, metafísico*. Podría decirse que el uno es la personificación del viejo Caos, pugnando por mantener incólume el dominio de las sombras en toda la extensión del infinito espacio; mientras que el otro representa el grupo de átomos lucíferos, surgiendo del seno mismo del monstruo, para formar concretaciones dotadas de mayor poder luminoso, que con atlético esfuerzo esparcen sus rayos vivíficos, y luchan por aniquilar el tiránico reinado de las sombras.

Dejad que ese moderno grupo acabe con sus prejuicios, hijos de exagerada reacción, que en su ánimo en-

gendró la torpe metafísica; dejad que en el terreno de la experimentación llegue á filiar como hecho positivo nuestra inmortalidad, y le vereis con titánico impulso coronar su grandiosa obra. Lo veréis con la frente erguida estudiando lo infinito, en tanto que su planta pisa el solideo del sacerdote y el bonete doctoral del metafísico.

En el grupo de los modernos pensadores no se encontrará al hipócrita, no se encontrará al bandido ladrón y asesino que lleva al cuello como talismán para cometer impunemente sus delitos, el ridículo rosario y las sandias reliquias; no se encontrará á la ramera inmundada que enciende cirios al santo de su devoción, cual las hetáiras del paganismo llevaban coronas de mirto á la desenvuelta y licenciosa Afrodita; no se hallará á la hipócrita matrona que reza la misa diariamente y que insulta al desgraciado con insolente orgullo; no se hallará al presuntuoso é hinchadísimo beato metafísico que amando á su Dios-mito, con amor de miedo, niega amor positivo á sus hermanos.

Y no se exija que haga yo distinción entre el beato que está filiado en una religión y el que, nutrido de prejuicios metafísicos, es tan beato como aquel; pues tan beato y tan metafísico es el que adora al sobrenatural fetiche, como beato y metafísico es el que adora á un ENTE DIVINO, QUE NINGUN MORTAL HA VISTO, QUE NADIE DESCORRERA EL VELO QUE LO CUBRE, Y QUE NINGUNA CRIATURA FINITA LLEGARA JAMAS A COMPRENDERLO Y MUCHO MENOS A DEMOSTRARLO, según ellos mismos afirman. La diferencia entre cada uno de estos beatos no está constituida en su radical naturaleza, y solamen-

te los apartan grados cuantitativos de torpe abyección terrorífica.

Hay un problema que entraña cuestión rarísima, fenomenal, estupenda, y que habrá de sumergir en graves y profundas meditaciones á un metafísico.

¿Por qué de entre los deistas cafres y hotentotes no habrá salido un hombrecillo *ateo*, así, como Laplace?

Y, en cambio, ¿por qué, á diferencia del extensísimo, piramidal y monstruoso grupo deista, entre los réprobos que niegan el *mito metafísico*, no ha surgido un tipo de ejemplar *humildad* y de *amor deífico*, así, siquiera como un Inocencio III, como un Juan XXII, como un Luis XI, como un Carlos IX, como un Felipe II, como un Loyola, como un Torquemada, ó como tantos y tantísimos varones *ilustres*, *honra* y *prez* del *monstruo deista*?

¿Por qué siendo el *anti-deista* un ser tan ruín, tan despreciable y tan anatematizado, no lo producen esos términos que se elevan desde el antropófago de la selva, hasta el antropófago del Vaticano?

¿Por qué á ese ser maldito lo vemos iluminado por la ciencia? ¿Por qué sin temer ni al *mito-Dios*, ni al *mito-Diablo*, obra el bien, funda una familia, difunde la enseñanza y se hace buen ciudadano, buen esposo, buen padre, y buen maestro, dejando un nombre amado y respetado, como lo es entre nosotros el nombre de Ramírez (El Nigromante).

Vamos á ver, señor crítico, aporte vd. su arsenal de palabras y de simbólicos signos que también hablan el sublime y maravilloso verbo de la GRAN CIENCIA METAFÍSICA; planteé vd. el problema, y á pensar. A ver có-

mo me explica vd. esos fenómenos; vd. que conoce esa sublime *ciencia del conocimiento*, reconózcamelos; pues yo, si lo hago, como proscrito de esa aristocrática jerga, solamente hablaré el plebeyo idioma que *divierte y que declama*, como vd. dice.

Pero me impacienta la tardanza. Ya advierto la contestación. ¡Qué quiere vd! soy presuntuoso, como todo ignorante.

Creo. . . . . ¡Caramba, ya dije creo! Ahora va vd. á decir que es dogma lo que voy á decir; pero no, no es dogma lo que voy á expresar, puesto que es la traducción de una conclusión metafísica.

Dándoles valor humano á esos *divinos* símbolos: trocando en un grano de trigo los quintales de paja metafísica: vislumbrando la fugaz idea lúcida, que cual rápido relámpago iluminó por un momento el encéfalo del divino pensador, traducirémos su contestación en el idioma *declamatorio*, que *divierte* de lo lindo á un metafísico, pues es claro que así suceda al contemplar que su toga y su bonete, se convierten ante el vulgo en otra cosa que no quiero decir, provocando hilaridad, en lugar de cándida admiración.

Diría así la tal conclusión:

Como el monstruo metafísico está dentro de la comunión divina, el Padre Celestial lo escuda y por lo tanto no puede surgir de su seno un tipo de soberbia refinada que pueda negar la base de la *divina metafísica*; y, por más declamaciones que se lancen, quieran que no los filósofos naturalistas, la metafísica prevalecerá, porque el siguiente argumento es lógico, es matemático, no tiene pelillo de duda: *pesa más una monta-*

*ña de arcilla metafísica que un hacecillo de trigo naturalista.*

Está bien, señor crítico. Me confundió vd. con el formidable peso de su razonamiento. Ni quien se lo tache de sofisticado: estoy conforme con él en todas sus partes. Pero, ¡qué quiere vd! mi pedantería me hace quedar filiado entre los que representan al mísero hacecillo de trigo.

También en cierta clase de hechos que vd. como buen kardecista no desconoce, encuentro un problema que merece su metafísica solución.

¿Por qué será que, con los elementos más satisfactorios he encontrado la aprobación de mis doctrinas por parte de los seres desencarnados que acusan mayor elevación y originalidad en sus proposiciones, ya del orden intelectual ya del orden afectivo, en oposición á los que, más desconocedores del medio *transitivo* en que giran, las reprueban y anatematizan?

Y entienda vd. que este estudio no lo he hecho valiéndome de *agentes de comunicación* que simulan, dando espectáculos de recreación y de estampilla, y que por sus antecedentes se hacen indignos de la confianza de un experimentador que no sea un cándido bobalicón, y sí con *agentes* que, rigurosamente comprobados, ofrecen un campo riquísimo para la observación y la experimentación de los fenómenos supra-sensibles.

Pero ya advierto lo que ustedes los kardecistas místicos dicen en estos casos, imitando á los beatos católicos, sus inmediatos subalternos. Así como éstos achacan al Diablo, todo lo que es en contra de sus bastardos intereses de secta, así los kardecistas antiprogre-

sistas achacan á mistificaciones de espíritus malos, todo lo que ataca sus intereses de *amor propio* y de hinchada presunción de fungir como proto-maestros de las doctrinas compiladas por Allan Kardec.

Así como se ha escrito la obra "Jesucristo en el Vaticano," así se podría escribir "Allan Kardec entre los espiritistas del *statu quo*."

¡Cuántos reproches oírían de su progresista maestro esos discípulos de estampilla á quienes asusta y aterra el libre examen, creyendo torpemente que el progreso solo ha de ser progreso, en tanto que sus doctrinas no sean reformadas!

## CARTA CUARTA.

A D. JOAQUIN CALERO.

No se puede condenar ningún abuso, ni poner en claro falsas interpretaciones de doctrinas que se ven como *santas é invulnerables*, sin que todos aquellos que las profesan dejen de sentirse ofendidos en lo más sagrado de sus creencias. Pero esto no es culpa de los que van en busca de la luz, ni de la ley de progreso, que conduce al hombre hacia la verdad sin fin. Débese esto á la ignorancia que ha levantado altares para venerar á *prohijados errores*, LOS CUALES SON CAUSA DE QUE NO SE VAYA EN POS DE MAYOR VERDAD.

("La Ley de Amor."—Comunicación de MARIA).

Voy á tratar de un *argumento* expuesto por vd. para impugnar mi obra, el cual, como ninguno otro, me ha parecido digno de ofrecerse como modelo elocuentísimo para indicar cuál es el móvil que le ha lanzado á la crítica.

Transcribió vd. un pequeño párrafo de mi libro que contiene unas cuantas de las preguntas que formulé para que se les dé racional contestación, por parte de los metafísicos. Preguntas de aquellas que jamás podrán alcanzar contestación conciliante con el *gran fundamento* metafísico de la *causa divina*, por más que se